

misma como estas; porque, ¿cómo nos aseguraremos de que existe una relacion necesaria, inmutable, entre la verdad y ciertas operaciones de nuestro espíritu? Las reglas del raciocinio relativas á nuestra naturaleza no están tal vez menos expuestas á error que las primeras nociones de que se las deduce; y no sabemos, si nuestra lógica, en vez de ser un instrumento de verdad, será una teoría del error. Decir que la razon demuestra la infalibilidad, es no decir nada; porque esta demostracion pretendida supone la misma infalibilidad que se trata de demostrar. Probar la razon por la razon es un sofisma comun á todas las filosofias y, como observa Montaigne, no hay medio para evitar este círculo vicioso. «Pues que los sentidos,» dice, «no pueden cortar nuestra disputa, estando llenos ellos mismos de incertidumbre, es necesario que lo haga la razon; ninguna razon se establecerá sin otra razon; y henos aquí retrocediendo sin cesar al infinito.»

Luego cuando Descartes, probando á salir de

«Essais de Montaigne, lib. II, cap. XII.

su duda metódica, establece esta proposicion: *Yo pienso, luego existo*, pasa un abismo inmenso, y pone en el aire la primera piedra del edificio que pretende levantar: porque en rigor, no podemos decir *yo pienso*, no podemos decir *yo existo*, no podemos decir *luego*, ó afirmar nada por via de consecuencia.

Han conocido muy bien los dogmáticos, que, siendo la certeza relativa á la inteligencia, y del todo extraña á la facultad de sentir, pertenece exclusivamente á la razon. Quanto á esto, han tenido una nocion mas exacta y mas elevada del hombre, que los filósofos de las demas escuelas. Aunque los animales tengan en efecto sensaciones, sentimientos, no serán por eso capaces de certeza; y esto debe notarse con particular cuidado. ¿Qué les faltará? La facultad superior y la sola que, considerando estos sentimientos y comparándolos puede afirmar ser ellos verdaderos ó falsos. Pero ¿con qué motivos afirmaremos nosotros que una cosa es, ó no es tal cual nos parece ser ahora? ¿Por qué medio nos ase-

«Véase la *Defensa*, cap. X.

gurarémos de la realidad de nuestras percepciones, y de los objetos que nos representan ellas? Aquí es donde los dogmáticos se han extraviado extraordinariamente: lo primero, queriendo dar por base á sus conocimientos una verdad *probada*, en lugar de una verdad invenciblemente *creída* sin prueba; lo segundo, obligando á cada hombre á buscar únicamente en sí mismo los motivos de sus juicios, ó el fundamento de su certeza. ¡O debilidad del entendimiento humano, cuando sale del camino abierto á todos por la naturaleza humana! ¿Cómo no reconocer que nada es posible demostrar, sino con el auxilio de muchas verdades ya ciertas; que, de consiguiente es contradictorio querer demostrar una primera verdad; y que por consecuencia, lejos de que la certeza se funde en la demostración, ninguna demostración sería posible sin una certeza anterior que le presta toda la fuerza? Así es que los dogmáticos comienzan por suponer que tienen lo que buscan, que están y no están ciertos al mismo tiempo.

Penetrados de esta contradicción, convienen muchos de ellos en la necesidad de admitir sin

pruebas lo que llaman ellos primeros principios, verdades primeras. Pregúnteseles, ¿cuáles son estas, y aquellos? Lo que cada uno cree invenciblemente, responden los dogmáticos. Pero también un loco cree invenciblemente el error en que se funda su locura. Luego no basta la creencia individual, aun invencible, para distinguir con certeza la verdad del error, ó para asegurarse de los primeros principios.

Pasando de los mismos principios á las consecuencias de ellos deducidas, se ve además que varían las diversas razones en estas consecuencias, y sacan de entre ellas las opuestas con una convicción igualmente firme como íntima. ¿Son estas consecuencias opuestas, todas verdaderas ó todas falsas? ¿Qué dirán los dogmáticos, y qué regla, diferente de la convicción individual, darán á cada uno, para saber apreciarlas? Si desechan una sola, cae su sistema; si las admiten todas, no hay ya error ni verdad. En suma, no se comprenden ellos mismos; el orgullo ú la prevención les ciega el entendimiento. Porque finalmente, ¿qué se hace cuando se busca la certeza? Se busca una razón, que no pueda engañarse en

sus juicios, una razon infalible, é infalible en todo y siempre; porque sino, jamas estaria segura de serlo. El pretender limitar su infalibilidad á los primeros principios, seria destruirla. ¿No debe ser ella infalible cuando establece esta distincion, é infalible aun cuando distingue lo que es un primer principio del que no lo es, ó lo que es cierto de lo que no lo es, quiere decir, infalible universalmente? Con que no hay certeza para los dogmáticos á menos que no se suponga es infalible la razon de cada hombre: y si la suponen tal, deben explicar tantos juicios contradictorios, tantas opiniones opuestas, que se observan á cada paso. Para ser consigüentes, se ven precisados á negar la existencia del error, á sostener que son igualmente verdaderos el *si* y el *no* en todas las cosas, así como tambien igualmente ciertos; y sus esfuerzos por elevar la razon humana mas alto de lo que puede rayar, tienen por único resultado la total destruccion de la razon humana.

Tanto como todo esto puede la filosofia con respecto á lo verdadero; he aquí el término donde hace llegar al hombre que busca en sí mis-

mo la certeza. Así todas nuestras tentativas para llegar á la verdad por nuestras solas fuerzas, no tienen otro efecto que atestiguar mas y mas nuestra impotencia, y justificar esta sentencia de un antiguo: « La única cosa cierta es que nada hay cierto, y que ningun ser es mas miserable y orgulloso que el hombre ».

¿ Y qué, con los ojos cerrados, renunciando de toda esperanza, nos sepultaremos en las profundidades silenciosas de un escepticismo universal? ¿ Dudarémos si pensamos, si sentimos, si existimos? La naturaleza no lo permite; nos fuerza á creer aun cuando nuestra razon no está convencida. La certeza absoluta y la absoluta duda nos están del mismo modo prohibidas. Fluctuamos en un medio vago entre estos dos extremos, como entre el ser y la nada; porque el escepticismo completo seria la extincion de la inteligencia, y la muerte total del hombre. En su mano no está el aniquilarse; porque hay en él alguna cosa que re-

¹ *Solum certum nihil esse certi, et homine nihil miserius aut superbius.* PLIN.

² Véase la *Defensa*, cap. X.

siste invenciblemente á la destruccion , yo no sé qué fe vital, insuperable á su voluntad misma. Quiera él ó no, es preciso que crea, porque es preciso que obre, y porque es preciso se conserve. Si no oye mas que la razon, no enseñándole esta mas que á dudar de todo y de ella misma *, le reduciria á un estado de inaccion absoluta: pereceria antes de haber conseguido solamente probarse á sí mismo que existe.

Así se halla el hombre en la impotencia natural de demostrar plenamente alguna verdad, y en una igual impotencia de negarse á admitir ciertas verdades †. Lo que es mas, las verdades que la naturaleza le estrecha á admitir con mas imperio, son aquellas de que tiene menos pruebas, tales son todos los principios que se llaman

En todos tiempos ha llamado la atencion á los espíritus de un órden superior, la impotencia en que se halla la razon de conducir al hombre á ninguna verdad cierta. « La razon humana, » dice Bayle, « es demasiado débil para esto; es un principio de destruccion y no de edificacion: ella no es á propósito mas que para formar dudas, y volverse, ya á izquierda, ya á derecha, para eternizar una disputa. » *Dict. crit.*, art. *Manichéens*, nota D.
* Véase la *Defensa*, cap. X.

evidentes; este es precisamente el carácter con que se les reconoce, porque no sabemos probarlos.

Luego que nos empeñamos en que todas las creencias se apoyen en demostraciones, nos vemos conducidos directamente al pirronismo; mas el pirronismo perfecto, si fuera posible llegar á él, no seria mas que una locura perfecta, una enfermedad destructora de la especie humana. De aquí nace que el mismo sentimiento que nos liga á la existencia, nos fuerza á creer y obrar conforme á lo que creemos. Se forma á pesar nuestro, en el entendimiento, una serie de verdades que no puede destruir la duda, bien sean adquiridas por los sentidos, bien por cualquiera otra via. De esta clase son todas las verdades necesarias á nuestra conservacion, todas las verdades en que se funda el comercio ordinario de la vida y la práctica de las artes y oficios indispensables. Creemos firmemente que existimos, que sentimos, que pensamos, que comunicamos por medio de la palabra con otros hombres que gozan como nosotros de la facultad de sentir y pensar, que hay cuerpos dotados

de ciertas propiedades, que el sol saldrá mañana, que abandonando las semillas á la tierra, esta nos devolverá sus frutos. ¿Quién dudó alguna vez de estas cosas, ni de otras semejantes?

En otro orden diferente, tampoco dudamos de una multitud de verdades que la ciencia atestigua; y esta imposibilidad de dudar, ó al menos, si se duda, la seguridad de verse tenido por loco, ignorante é inepto por los demás hombres, es lo que constituye toda la certeza humana. El consentimiento comun, *sensus communis*, es para nosotros el bello de la verdad; y no hay otro.

Supongamos en efecto que los hombres, en unas mismas circunstancias, se sintiesen afectados de sensaciones, ó sentimientos contrarios, y formasen juicios opuestos, ninguno de ellos podría negar ni afirmar nada, porque ninguno encontraría en sí pruebas que le determinasen á favor de lo que sentía y juzgaba. ¿Sobre qué principio se creería él mas infalible que otro?

* Véase la *Defensa*, cap. X.

Esto sería suponerse de naturaleza diferente, en lo que ni aun pensaría. Se detendría su razón asombrada y silenciosa en presencia de la razón de otro, al modo que nos detendríamos espantados y dudosos, si viésemos unos espejos, que teniendo delante un mismo objeto, reflejasen imágenes desemejantes.

Haya contradicción entre las relaciones de los sentidos y los testimonios interiores de la evidencia, ó los juicios razonados de muchos individuos, al punto la discordancia produce la incertidumbre, y el espíritu queda suspenso hasta tanto que el consentimiento comun trae otra vez consigo la persuasión. Un principio, un hecho cualquiera es mas ó menos dudoso, mas ó menos cierto, segun que es adoptado ú atestiguado mas ó menos universalmente. Todas las ideas humanas se pesan en esta balanza; no tienen otra regla los hombres para apreciarlas.

Es claro con efecto, que, supuesto nos hallamos en necesidad de creer ó admitir por verdadero, lo que tal parece á la razón humana, sea la que quiera, ofrece el juicio uniforme de muchas razones iguales una seguridad de mucho

mas valor motivada, que el juicio único de una razon. Si se hizo la verdad para el hombre, debe existir una relacion natural y constante entre ella y la inteligencia de lo general de todos los hombres. El satisfacerse de su propia razon con preferencia á la de todos los hombres, seria una contradiccion manifiesta; pues que la razon de todos es al mismo tiempo de igual naturaleza con la nuestra, y superior á ella. O nada con respecto á nosotros es verdadero ú falso, ó lo falso es lo que se opone, y lo verdadero lo conforme á la razon universal, al sentido comun. Luego es indispensable reconocer al sentido comun, como el juez supremo de la verdad, ó renunciar de toda verdad y de toda razon. Es un hecho, que, á pesar de los esfuerzos de la filosofia, para establecer el reinado de la razon individual contra la autoridad del sentido comun, no deja por eso de ser este el árbitro soberano de todas las cosas humanas. El es la base de las ciencias mismas. ¿Qué es una ciencia sino un conjunto de ideas y de hechos en que todos convienen? Todo lo que no tiene este carácter, todo lo que queda en disputa entre los testigos y los jueces, se coloca

desde luego entre las opiniones inciertas. Sucede por el contrario, que la division de sentimientos cesa, que las autoridades están unánimes, al punto toca la ciencia al mas alto grado de certeza que la es posible adquirir. Asi no se admiten dudas; se castiga la razon rebelde, se la degrada por decirlo así, marcándola con un borron deshonoroso: tanto nos inclina la naturaleza á suponer que la verdad está allí donde encontramos la concordia de los juicios y de los testimonios.

Juzgamos por esta misma regla de todo lo que es bueno ó malo, lícito ú ilícito, nocivo ó ventajoso; y esto sin que preceda instruccion alguna, por un movimiento indeliberado tan uni-

* Debe atribuirse, segun Puffendorf, « la facilidad que parece tienen los niños y lo comun del pueblo, para distinguir lo justo de lo injusto, al hábito que tienen contraido insensiblemente, por ver de continuo el bien aprobado y desaprobado lo malo, alabado este y el otro castigado, esto desde la cuna, por decirlo así, y luego que han empezado á hacer uso de su razon: por que la práctica comun de las máximas principales del derecho natural, y toda la continuacion de la vida, que se arregla por él, hace que pocas gentes se metan en dudar si pudieran existir las cosas de otro modo. » *Des Droits de la Nature et des Gens*, lib. II, cap. III, §. 15.

versal como irresistible. Las relaciones sociales, la justicia humana, nuestros conocimientos, nuestra conducta, nuestra inteligencia, en una palabra, se apoya en este fundamento. La certeza crece para nosotros á proporcion del concierto y número de las autoridades; y la crítica, ó la razon aplicada á las cosas morales para separar lo verdadero de lo falso, no es mas que el arte de discernir cual es la mayor autoridad.

Y si muchos errores, especialmente en las ciencias, han pasado por verdades, es, porque en materia de ciencia, no hay mas que autoridades particulares, casi nulas relativamente á la masa de los hombres. Y en efecto, ¿qué son algunos centenares de sabios comparados con el género humano? Se cede á su autoridad porque no hay otra; y esta autoridad se muestra muchas veces falible, porque no es mas que de un corto número de hombres, cuyos asertos no pudiendo verificarse suficientemente, tienen contra sí la mayor probabilidad de ser erróneos, naciendo esta probabilidad de la imperfeccion de los sentidos, de la debilidad de la razon, y hasta de las ilusiones de la evidencia. Así las ex-

cepciones aparentes confirman el principio general.

Obsérvese además, que la parte menos variable ó la mas cierta de cada ciencia se compone de nociones asequibles, ó que están al alcance de todos los hombres, de datos que han podido verificarse una infinidad de veces, ó de cosas que atestiguan testimonios numerosísimos. El error se encuentra siempre en las regiones mas altas, donde la multitud no puede seguir á los sabios, para debilitar ó ratificar sus deposiciones.*

* Es necesario distinguir cuidadosamente en las ciencias lo que se apoya en el testimonio ó la autoridad, de lo que se apoya en el simple raciocinio. Del primer género son los principios, los fenómenos generales que están al alcance de todos los hombres ó de un gran número de ellos. Aquí es donde está la certeza y donde no se puede negar sin violentar la naturaleza y destruir la razon misma. Del segundo género son todos los sistemas, todas las teorías, todas las explicaciones de los fenómenos; así no hay cosa mas variable é incierta. Pasan con tanta rapidez, que apenas tienen tiempo los ojos mas atentos para contarlas. Se amontonan y dan jrisa unas á otras á las puertas del olvido, como las sombras de Virgilio: *Huc omnis turba effusa ruebat*. Pero nótese bien que estos no son mas que pensamientos individuales, conceptos reducidos á un corto número de cabezas, y por tanto sin autoridad. Cuando llegasen á ser opiniones vulgares, adoptadas sin es-

En este punto las ciencias exactas no gozan de privilegio alguno. Este mismo nombre de *exac-*

tar verificadas, pues que es imposible que lo estén, la multitud solo atestiguaría su existencia, pero no su verdad. Tomemos por ejemplo el movimiento del sol. Supongo que por algun tiempo hayan creído todos los hombres que el sol da vueltas al rededor de la tierra: hay dos cosas en esta creencia, el puro fenómeno ó el movimiento aparente del sol al rededor de la tierra y la explicacion del fenómeno, la cual no estando al alcance sino de muy pocos hombres, no se apoya mas que en la razon particular, aun cuando los demas hayan podido adoptar de buena fe, ó en cierto modo provisionalmente, esta explicacion que nadie todavia disputaba, y de la que ellos no eran jueces competentes. El fenómeno solo que tiene á su favor la autoridad del testimonio general es indisputablemente verdadero, mas la explicacion, que no tiene por sí mas que la autoridad de la razon, es incontestablemente falsa. Y esto hace ver con toda claridad cuan poco segura guia es la razon sola; porque si alguna vez una consecuencia ha debido parecer natural y aun evidente, es seguramente la falsa consecuencia de que tratamos.

Atestigüe todo el género humano que han caido piedras del cielo, es preciso creerlo, sean los que fueren los racionios que se opongan á este testimonio universal. ¿No demostró un sabio del último siglo, á su parecer, la imposibilidad de los *aerolitos*, cuya existencia está hoy tan perfectamente averiguada? No tenían pues, á su favor un testimonio universal, ni cosa que se le pareciese. Sin embargo el testimonio, aun parcial, se dejó ver aquí superior en certeza á la razon.

Así es una especie de locura atacar lo que se funda en la autoridad general, tal cual la acabo de definir. Por el contrario lo que no tiene este apoyo, debe ponerse y volverse á poner perpetua-

tas no es mas que uno de aquellos títulos vanos con que el hombre gusta de adornar su flaqueza. Es constante, dejando á parte las pruebas generales con que he demostrado que la certidumbre no tiene base sólida en la razon, que la geometría, la mas exacta de todas las ciencias, se apoya como las demas, en el consentimiento comun *.

mente en exámen; porque seria profanar la verdadera autoridad, atribuir sus derechos á las opiniones de uno ú de algunos hombres cualesquiera que fuesen. Ninguna razon individual puede exigir de otra, mas que el exámen. Hay mas: se debe suponer constantemente que se engaña, y la experiencia confirma esta regla. La disposicion contraria, propia solamente para estancar los progresos de los conocimientos y consagrar el error, no es el culto, sino la idolatría de la autoridad; y el espíritu filosófico, del cual depende el adelanto de las ciencias, consiste en menospreciar la razon particular, hasta el punto de dudar siempre de lo que mas evidente le parece y afirma con mas confianza.

* Séneca mismo lo hace notar. « El filósofo probará que el sol es grande: el matemático, cuan grande, pues procede con un cierto uso y ejercicio: *Pero para que proceder pueda, debe indagar ciertos principios.* Mas no tiene el arte por derecho el fundamento que le es precario... Las matemáticas son para decirlo así superficiales, trabajan en terreno de otro, reciben principios ajenos para llegar por este medio á los ulteriores; si se dirigieran por sí mismas hácia lo verdadero, si pudieran comprender la naturaleza de todo el mundo, diria yo debian contribuir con mucho en beneficio de nuestros entendimientos » *Magnum esse solem philosophus probavit: quantum sit.*

De distancia en distancia, y desde los primeros pasos se ve detenida la razon por dificultades invencibles; y se destruiria completamente la geometria, si se la obligase á probar los axiomas y teoremas que son su fundamento *.

mathematicus, qui usu quodam et exercitatione procedit: sed ut procedat, impetranda illi quædam principia sunt. Non est autem ars sui juris, cui precarium fundamentum est..... Mathematica, ut ita dicam, superficialia est, in alieno ædificat, aliena accipit principia, quorum beneficio ad ulteriora perveniat: si per se iret ad verum, si totius mundi naturam posset comprehendere, dicerem multum collaturam mentibus nostris. SENECA. Ep. LXXXVIII.

* Sirva de ejemplo: se anuncia desde la entrada en la geometria como un axioma incontestable, que *la línea recta es el camino mas corto de un punto á otro* y luego se añade que *no se puede tirar mas que una*; lo que nada tiene de evidente, y además no puede establecerse en todo rigor. Se llega despues bien ó mal á la teoría de los paralelos, que es el escollo de todos los géometras, y que por fuerza es necesario admitir sin demostracion alguna rigurosa. Todas las que se han querido dar hasta aquí, tienen el vicio radical de suponer que dos líneas que se acercan sin interrupcion, acaban por encontrarse, suposicion no solamente gratuita, sino cuya falsedad se demuestra por el ejemplo de las asintotas. Seria fácil extender estas consideraciones á los demas ramos de las matemáticas. Así en algebra es forzoso suponer sin prueba, que *la suma es siempre la misma, sea cual fuere el orden que se siga en la adición de sus partes*. A medida que se avanza se encuentran estos pasos dificulto-

Ella no subsiste sino en virtud de un convenio tácito de admitir ciertas bases necesarias; conve-

nos, en los que estancada repentinamente la demostracion por necesidad, es preciso suplir con *un acto de fe* la impotencia de la razon ó renunciar de lo demas de la ciencia.

Si se trata de física es todavía mayor el embarazo. Se deducen observaciones, cuya certeza es por otra parte algunas veces muy dudosa, de pretendidas leyes generales que se dan por su resultado necesario; como si no se pudiese satisfacer á la explicacion de los fenómenos por una infinidad de leyes diferentes, así como por un número determinado de puntos, se puede siempre hacer pasar una infinidad de curvas continuas ó discontinuas; como si no se pudiese suponer tambien que no existe ley alguna general que ligue los fenómenos entre sí. Es pues manifiesto que todas las teorías, aun la de la atraccion, no son mas que hipótesis mas ó menos inciertas. En efecto, ellas no se fundan mas que en una analogía de ningun modo evidente y que supone, sin prueba alguna, los dos principios siguientes:

1º Las mismas causas y las mismas circunstancias observadas en lo pasado, deben perseverar en lo futuro y reproducir los mismos efectos.

2º Entre la infinidad de leyes posibles que pueden satisfacer á las observaciones, las mas simples y generales son necesariamente las mas verdaderas.

Mas, ¿quién no ve que estos principios fundamentales de la analogía descansan ellos mismos sobre una cierta idea *de orden*, cuya verdad no tiene mas prueba que el consentimiento comun; idea totalmente incomprensible y aun contradictoria si no se admite la existencia de un legislador eminentemente sabio y omnipotente, que preside al gobierno del universo? Si el mundo no es en efecto obra de un ser inteligente, si no es mas que una pro-

nio que se puede expresar en estos términos: Nosotros nos obligamos á tener por ciertos tales principios, y á declarar á cualquiera que se nie-

duccion del acaso, ¿dónde está la razon para suponerlo en el grado último de perfeccion á que puede llegar? ¿dónde está tampoco la razon para buscar en él una regularidad, un orden cualquiera? ¿y quién quita pensemos que no es mas que una mala máquina, embarazada con ruedas superfluas, sin armonía en sus partes y sometida á una fuerza ciega, variable é independiente de toda ley constante?

No quiero hacer mencion de nuestros orhenta sistemas de geología, tan extravagantés, tan insensatos todos, que segun M. Cuvier, no se puede ni aun pronunciar el nombre de esta ciencia sin provocar á risa.

¿Cuántas veces no ha mudado de semblante la química, aun despues que rasgando el velo misterioso que la cubria, se la ha elevado colocándola en la clase de las verdaderas ciencias? Al *flogístico* de Stahl, que reinaba con gloria hace cincuenta años, ha sucedido la teoría *neumática* de Lavoisier; y he aquí que hoy, por una de estas revoluciones tan frecuentes en el imperio de las ciencias y que siempre son presagio de otras nuevas, esta teoría tan ponderada se arruina en todas sus partes. Trastornada por los descubrimientos de Davy y de Gay-Lussac, no es mas que una de aquellas ruinas que, de trecho en trecho, indican el camino de la ciencia y facilitan el seguirle, en medio de su vago y obscuro dominio.

Nada hablaré de la metafísica, de sus variaciones perpetuas, ni de la incertidumbre de sus sistemas. Se puede consultar sobre este punto la obra de M. de Bouald, *Recherches philosophiques*, t. I. c. I.

gue á creerlos sin demostracion, culpable de rebellion contra el sentido comun, que no es mas que la autoridad del mayor número.

Disconvenzan dos ó mas personas en sentimientos ú opiniones; ¿qué hacen despues de haber probado á convencerse mutuamente? Buscan un árbitro, quiere decir, una autoridad que determine, sino la certeza, al menos la verosimilitud, á favor de uno de los pareceres que se disputan. Desconfiamos hasta de las ideas que nos parecen mas claras, cuando las vemos desechadas generalmente por los demas hombres; y la última razon, muchas veces la única, y siempre la mas fuerte que podemos oponer á los sofistas, á los disputadores obstinados, es esta palabra que á cualquiera confunde: Sois el único que piensa así.

Obsérvese que aun cuando la naturaleza obra por sí sola, se deja ver con qué facilidad, con qué prisa la razon naciente de un niño obedece á la autoridad; como sus creencias se forman poco á poco en el testimonio que despierta sus pensamientos y los rectifica, como apela siempre á él por una inclinacion que es el sentimiento de la

necesidad, y por decir así, el hambre del alma que pide su alimento. De este modo, y sin que la reflexion tenga parte alguna, viene á ser el testimonio la regla de sus juicios, el medio por el que diferencia lo verdadero de lo falso. Si se negara á creer lo que se le dice, si quisiera él hallar la certeza en sí mismo, nunca se desenvolveria su entendimiento. ¿Cuántas ideas, cuántos conocimientos ciertos, no tiene ya el niño, antes de haber llegado á la edad, llamada de razon, y que se llamaria mejor la edad del raciocinio? Segun vaya viviendo irá creyendo; la autoridad será su regla: ella únicamente le habrá enseñado á distinguir cual entre muchas es la mayor autoridad, y á reconocer así é siempre por el testimonio, los errores, que se le hayan sugerido. Así hemos comenzado los que somos ó no somos filósofos, así es como nuestra inteligencia llegó á salir de las tinieblas en que naciera, así como ha tomado extension, se ha fortificado: ; y se quiere sea la ley de quien recibe su perfeccion, que la conserva, opuesta con aquella, mediante la cual ella sola ha podido existir desde luego!

Las objeciones contra la certeza que cada hombre, considerado individualmente y sin relacion con sus semejantes, pretenderia encontrar en sí, pueden, lo sé muy bien, volverse y oponerse á la certeza que resulta del consentimiento comun. Así no intentaré yo establecerlo por la razon. Ahora seria esto imposible; verémos mas adelante por que *. Yo no desenvuelvo ó explico un sistema, solo trato de atestiguar y comprobar los hechos †.

Es un hecho, que los sentidos frecuentemente nos engañan, que el sentimiento interior nos engaña, que la razon nos engaña, y que no tenemos en nosotros mismos medio alguna para reconocer cuando nos hemos engañado, ninguna regla infalible para conocer lo verdadero. Esto es lo bastante, como hemos visto, para no poder rigurosamente afirmar nada, ni aun nuestra pro-

* Se funda toda certeza en el conocimiento de Dios. Se pueden percibir, atestiguar y comprobar hechos relativos á nuestra naturaleza; pero imposible seria hallar la razon de nada antes de saber que él existe. Luego la certeza *racional* no es otra cosa que la *razon* de lo que es.

† Véase la *Defensa*, cap. XIV.